

dándose en una butaca, porque, durante el diálogo, habían llegado ya al fumador.

—Esas cosas debe hacerlas uno mismo, ó un notario; pero yo le recomiendo que no interponga un tercero en los asuntos del corazón; si se tratase de compras ó ventas, ya sería otra cosa.

—¿Quieres que haga la petición yo mismo?

—¡Naturalmente! De ese modo si su proposición agrada, lo sabrá Vd. en seguida, y si no agrada, nadie más que Vd. conocerá el secreto de su contrariedad.

—Tiene razón, este muchacho—pensó Nollard.

Se quedó intranquilo un momento, luego se sosegó.

—Agradará—dijo, introduciendo, con aire triunfal, sus pulgares en las sisas del chaleco.

IX

Al siguiente día, á las diez de la mañana, se presentó Nollard en la Roseaie.

Densa niebla cubría el valle, y, por la parte de Angers, el sol aparecía, á intervalos, entre el vapor, semejante á una de estas obleas blancas que, abandonadas en un cajón, se han vuelto amarillentas.

Pero el propietario de los Housseaux, no era de los que ceden á la influencia de las circunstancias exteriores; entró con la cabeza levantada, el pecho saliente como cuadra á un hombre rico que va á solicitar la mano de una señorita sin fortuna.

Evelina se hallaba en pie, junto á la ventana, contemplando la bruma, que empañaba las camelias, aun en capullos, que estaban instaladas en una canastilla próxima.

La niña pensaba tristemente: «Noviembre, diciembre, enero, febrero... En marzo habrá violetas y camelias en el jardín, José me lo ha prometido; en abril habrá primaveras y narcisos... ¡Lo mismo me da! En Nantes se divierte todo el mundo, mis amigas asisten á los bailes, mi antipática madrina tendrá recepciones en su casa, en Vigeran, yo debía dirigir el cotillón. ¡Qué necesidad tenía, esa solterona, de casarse! El matrimonio se ha hecho para los jóvenes...»

Al llegar á ese punto del monólogo mudo, penetró Nollard.

—¡La encuentro á Vd. sola, señorita—dijo con voz

demasiado segura, para no ser un poco forzada,—tanto mejor! Temía encontrar aquí á su señor padre; pero me han dicho que se encuentra en las viñas... ¡Que me ahorquen, si comprendo lo que puede hacer allí, en esta época!...

Muy extrañada por tal entrada en materia, Evelina le miraba; Nollard, que, en realidad, tenía un miedo terrible, le presentó una silla, á fin de poderse sentar él mismo; había aprendido ese ademán en su tienda, en los pasados tiempos en que servía á su clientela. La joven se sentó maquinalmente.

—Le diré á Vd. de que se trata, señorita—continuó el pretendiente, sumamente embarazado con sus manos, de las cuales una estaba ya de más, pues no sabía dónde meterla.—¿Ha visto Vd. mi propiedad... es bonita, verdad?

—¡Ya lo creo!—dijo inconscientemente Evelina.

—Todas las comodidades modernas, agua por todos los sitios... He mandado instalar una eoliana, eso cuesta un ojo de la cara; pero, en un castillo, en el campo, sienta muy bien, indica riqueza, pues todo el mundo sabe que cuesta caro...

Notando que se embrollaba, Nollard tomó aliento. Evelina continuaba mirándolo, sin sospechar la sorpresa que aquél le preparaba.

—¿En fin, es bonito mi castillo?—exclamó.

Evelina contestó con la cabeza, y su vecino continuó:

—¿Y mi perro, es hermoso?

—Es delicioso, señor, ¿por qué no lo ha traído usted?

—No quería testigos, de nuestra conversación—replicó el enamorado, con una de sus más delicadas sonrisas.—Ya que le agrada el castillo, y que le gusta el perro, ¿por qué, no había Vd. de amar al propietario?

Evelina se levantó, como si su silla fuera de resorte; Nollard se sobresaltó hasta el punto de encontrarse de pie.

—¡Señor!—replicó Evelina con el rostro encendido, y los ojos irritados.

—En legítimo matrimonio, señorita—añadió, inclinándose, el candidato.

En aquel momento, entró el señor de La Brève; al ver á su hija en estado de cólera en que nunca había tenido ocasión de encontrarla, subió la sangre á sus mejillas; se precipitó entre ella y su huésped, preguntando:

—¿Qué ocurre?

El propietario de los Housseaux había podido admitir, en el fondo de sus pensamientos, la idea de que fuera rechazada su proposición; pero su cerebro no podía concebir que ésta fuese considerada como una ofensa. Y, en la ingenuidad de una buena alma desconocida, que se justifica ante sus injustos detractores, dijo al señor de La Brève:

—No sé por qué ha podido enfadarse esta señorita; acabo de proponerle que se case conmigo...

El padre comprendió todo al mismo tiempo: deseo de no enfadarse con su vecino, así como también de dejar en buen lugar el amor propio de su hija, dijo con fría ternura:

—La proposición, en sí misma, es muy honrosa, señor; pero quizás hubiera sido mejor, habérmelo indicado primero á mí.

—Ya lo pensé—repuso el vecino;—pero las jóvenes no dicen á sus padres todo lo que piensan, y la amabilidad que me ha manifestado hasta ahora Evelina, me autorizaba...

—¡Márchese Vd.!—gritó Evelina, fuera de sí.

—¡Cómo! ¿Ahora lo toma Vd. así?—dijo Nollard, herido repentinamente en todas las fibras de su quisquillosa vanidad—Después de todas las monadas que me ha dirigido...

—¿Yo?—gritó Evelina, antes que pudiera interponerse su padre—Monadas! ¡No eran para Vd.! ¡Todo lo que yo haya hecho, ha sido para su perro!

—¡Remilgada!—gritó furioso el galán.

El señor de La Brève lo cogió por un brazo, con mano suave, pero extremadamente segura, y Nollard comprendió que si aquellos delicados dedos apretaban un poquito, le producirían un soberbio cardenal. Por otra parte, vencido visiblemente, lo mejor era batirse en retirada.

Evelina le cortó el paso dirigiéndose hacia la puerta; apenas hubo desaparecido ella, Nollard se volvió al dueño de la casa, que le conducía suavemente en la misma dirección, y le dijo, deteniéndose:

—¡En fin, caballero, nunca se ha visto cosa parecida! ¡Soy rico, soy un hombre honrado, no comprendo, ni comprenderé nunca por qué me ha tratado su hija de ese modo! Debe de tener cualquier cosa metida en su imaginación...

La Brève volvió á coger la manga que había abandonado un instante, y replicó, guiándole poco á poco á través del inmenso cuarto:

—Lo peor es que, como acaba Vd. de decir, no lo comprenderá nunca. Un hombre de su edad...

—¡Eh! ¡No soy más viejo que Vd.!—observó Nollard, resentido.

—Vd. mismo confiesa que puede ser padre de la que quiere convertir en esposa; esa sola razón bastaba para impedirle exponerse á la descortés extrañeza de una joven inexperta, que se encuentra, por primera vez en su vida, en situación tan delicada... Debía usted haberse dirigido á mí.

Nollard lo sabía, y su mal humor aumentaba.

—Bueno—dijo, ya en el umbral de la puerta, —supongamos que he procedido torpemente; estoy enfadado, pero dejemos las cosas conforme estaban. Hágase cuenta de que no he dicho nada; ya que se necesita fingir, puedo hacerlo yo, lo mismo que otro cualquiera: le pido la mano de su hija, vecino, ¿quiere Vd. concedérmela?

—Mi hija es libre para elegir—dijo el padre—y ahora mismo, ha contestado que no.

—Porque se hallaba de mal humor; vienen mal dadas. ¿Quiere Vd. decirla, de mi parte...

Evelina apareció en la puerta de la cocina, completamente colorada, con los ojos llenos de lágrimas de rabia. Elmira la seguía, con mirada enfurecida, y el pincho del asador en la mano, dispuesta á ensartar al intruso si trataba de agredir.

—¡No! ¡no! ¡no!—exclamó la joven,—¡no le querría, aunque Vd. fuese emperador!

Y se precipitó, seguida de Elmira, en la escalera que conducía á su cuarto.

—Ya lo ha oído Vd.—dijo La Brève—lo siento... Vd. lo pase bien...

Un grito débil, apagado, y un ligero ruido, se oyó encima de sus cabezas.

—¡Señor!—gritó Elmira.

Dejando á Nollard aturcido, el padre subió las escaleras de cuatro en cuatro.

—¡Al demonio!—exclamó el enamorado. ¡Vaya unos pedantes! Siendo pobres, como son, debían considerarse muy dichosos...

El resto de su frase se perdió entre la niebla, cada vez más densa. Cuando llegaba á la mitad de la alameda, fué empujado por José, que no lo había visto y que corría á más no poder.

—¡Eh! ¡hombre, es Vd. tan insolente como sus amos!—dijo rudamente el propietario.

—Dispense Vd., señor,—repuso cortésmente el padre de familia.—Voy á buscar al médico á Montjeon.

—¿Pues qué sucede?

—La señorita, que ha dado un traspiés al subir á su cuarto y se ha dado un golpe muy fuerte.

José desapareció entre la bruma.

—¡Bien empleado!—dijo filosóficamente el que pensó hacer de Evelina su mitad para la vida y para la eternidad ¡bien empleado! no tenía necesidad de encolerizarse. ¡Castigo de Dios!

X

En el momento en que llegaba á la valla de la Roseraie, Nollard se encontró frente á frente con el perro que iba á visitar á su amiga.

—¡Ven aquí tú!—gritó brutalmente.

Lord, á quien no gustaban tales modos, se escapó.

—¡Quieres venir! ¡No volverás á ir con esa remilgada, se acabó vuestra amistad! ¡Ea, ven! ¡Yo soy tu amo!

Como el perro no parecía convencerse, Nollard le cogió de una oreja, y sin temor de tirarle fuerte, se lo llevó consigo. Para abrir la puerta necesitó las dos manos, de lo cual aprovechó el perro para soltarse y huir de él como una flecha.

—¡Ahora te cogeré, espera!—gruñó el amo, que necesitaba descargar su cólera.

En el vestíbulo, cogió un látigo que se hallaba colgado de una percha y volvió hacia el prado, en donde suponía encontrar á su víctima expiatoria; en efecto, Lord, algo espantado, y medio sumiso por la rudeza con que acababa de ser tratado, merodeaba alrededor de la casa, deseoso de penetrar en sitio abrigado.

Al ver el látigo, comenzó á dar saltos prodigiosos, echándose á uno y otro lado, pero volviendo siempre hacia su amo, al cual tenía ganas de morder. Al mismo tiempo exhalaba descompuestos ladridos, presagio de furor. Al ruido, apareció Max.

—¿Qué viene á ser,—dijo—esa danza de combate que estáis ejecutando los dos?

—¡Sí, puedes reírte! Veremos quien se ríe más... tengo que castigar á ese maldito animal...

Dió al aire un enorme latigazo, que alcanzó la punta del rabo del danés.

—¡Guau!—repuso éste, enseñando sus colmillos inquieto.

—Tío,—objetó Max—creo que sería más prudente no irritarle; esos animales son temibles...

—¿Quieres, acaso, obligarme á que le pida perdón?

Otro nuevo latigazo chasqueó en el aire, sin más consecuencias que una cabriola más pronunciada del can. Nollard entonces, perdiendo toda calma, empezó á perseguir al animal, atropellando el desnudo matorral sin estropearlo; de repente se oyó un estrépito de vidrios rotos. Lord, asustado, saltó por cima de la cabeza de su amo y desapareció entre la niebla, y el propietario permaneció impasible ante los innumerables restos de su gran bola que relucían en la arena, alrededor del pedestal derribado.

—¡Ah! ¡mi bola!—exclamó Nollard, con un dolor tan hondo que enterneció á su sobrino.

—Consuélese, tío—dijo Buxy—ya tendrá Vd. otra; todo es cuestión de dinero, y en ese punto creo que...

El tío daba vuelta con el pie á los fragmentos de cristal que habían ido muy lejos.

—¡Cuidado que era grandel!—dijo consternado.—¡Fíjate qué cantidad de pedazos!

—No hay nada que produzca tantos trozos como el vidrio roto;—explicó el sobrino—pero las reflexiones

prácticas no eran apenas propias para interesarse por el autor de su propia miseria.—Debía Vd. mandar recoger eso—continuó Max.—Lord no tardará en volver, y podía herirse en una pata...

—¡Puede reventar, si quiere!—exclamó Nollard, volviendo la espalda á lo que había sido objeto de su alegría.—¡Que se vaya al diablo! Ya estoy harto de ese perro, sólo me ha proporcionado disgustos.

—¡Vamos tío, cálmese Vd.! Va á lograr que se le suba la sangre á la cabeza; y, para el paso que piensa Vd. dar, le es indispensable tener la sangre fría...

—¿Te burlas de mí?—exclamó el pretendiente desechado, volviéndose repentinamente hacia Buxy.—¿Quieres hacerme creer que no sabes nada?

En la expresión de los ojos de Max, comprendió que, en efecto, éste ignoraba lo que había sucedido. En dos palabras le puso al corriente, suplicando que no volviese á hablarle nunca de ello, si estimaba en algo su amistad.

Cinco minutos después, le explicaba todo, en el fumador, no olvidando el menor detalle.

—En fin,—dijo para acabar—ella me ha trastornado, ha puesto sus cinco sentidos para atontarme, y ahora, tiene el atrevimiento de decirme que todo era por el perro... ¡La remilgada!

—Tío,—repuso gravemente Buxy.—Esa joven no es perfecta, y no pienso exponer su panegírico; pero le aseguro á Vd. que es sincera.

—¿Cómo? Crees...

—¿Que era por el perro? Estoy convencido. ¡Haría Vd. mal en enfadarse con ella, es una niña!

Buxy expuso esa declaración, que podía también pasar por una excusa, con la superioridad del hombre de treinta años que conoce el mundo y el corazón de las ingenuas.

—¡Una niña, una niña!—murmuraba Nollard— si la hubieses visto! ¡Lo ha tomado tan á pecho! ¿Podrías decirme lo que había de ofensivo para ella, en mi proposición?

—Le digo á Vd. que es una niña verdad.

—No tanto. ¿Quieres saber la verdad? Pues que, seguramente está enamorada de ese muchacho de cabeza de madera, de ese muñeco de resorte que hemos visto...

—Si así fuese,—replicó Max con cierta firmeza,—no sería ya una niña, sino una necia... No, tío, no se detenga Vd. en una comparación que le ofende en demasía; esa joven, esa niña, no es capaz de haber elegido aún...

—¡Pues si no, me hubiera aceptado, diantre! es evidente!—dedujo Nollard, sosegado.—¿Y qué voy á hacer yo aquí, después de esa algarada? Parecería un verdugo, porque, ¿no te he dicho?, en su furia, la torpe ha dado un mal paso, y parece ser que se ha dislocado un pie... ¡Si sus criados publican la aventura, me señalarán con el dedo, en este país! ¡Vámonos á Cannes ó á Monte-Carlo, á pasar un mes! ¡Te llevo conmigo! ¿Queda convenido?

—Siento no poder aceptar,—contestó Buxy,—mi trabajo me llama á París, hace tiempo; soy un gran holgazán, por haber tardado tanto, y es de todo punto necesario que regrese á mi casa.

Nollard no respondió, dejando ver su mal humor. El almuerzo no le tranquilizó; á cada momento, daba una ojeada á los restos de la bola á través de la puerta vidriera, y el pedestal derribado, renovaba toda su ira. A los postres, se levantó, arrojando la servilleta.

—Hector—dijo, con voz ronca, al ayuda de cámara—arregla mis baúles; nos vamos en el tren de las cuatro, y tú vienes conmigo.

El criado, acostumbrado á todos los caprichos de su amo, respondió: «Está bien, señor», y fué á comentar la noticia á la cocina.

—No quieres darme gusto,—dijo Nollard á su sobrino—¿pero no me negarás un favor? Aquí hay una porción de cosas que se debe poner en orden, hay varias cuentas por liquidar, arreglos que efectuar... Yo me voy. ¿Quieres quedarte tú un día ó dos para ocuparte de todo eso?

La misión de confianza no le era grata al joven; pero vió que no podía negarse, y contestó:

—Haré lo que V. quiera.

—Y ese antipático perro, Lord, ha costado quinientos francos; ¡eso es dinero! Te lo doy. Haz de él lo que se te antoje. Procura venderlo, ó llevártelo; pero yo no quiero volverlo á ver.

A las cuatro, la berlina de Nollard, con dos caballos enganchados, recorrió los cinco ó seis hectómetros que separaban la estación de la propiedad, y dejó ante la primera, al propietario de los Housseaux, al cual acompañó su sobrino, hasta la salida del tren.

Tres ó cuatro enormes mundos, amontonados en la carretilla de equipajes, causaban la admiración de dos

viajeros de tercera clase, que discurrían por el andén.

—Bueno, sobrino, hasta la vista. Has hecho mal en no querer venirte conmigo. Voy á aburrirme, estando solo, y la ociosidad es mala consejera.

Decía esto de un modo significativo; Max comprendió perfectamente la amenaza oculta, y se rebeló su orgullo.

—Querido tío—dijo—creo que sabe V., mejor que nadie, el placer que se experimenta disponiendo de lo que se tiene. Vd. posee muchas cosas y puede variar de distracciones, yo sólo cuento con mi tiempo y mi trabajo; permítame Vd. que los emplee en mis necesidades...

—¡Como gustes!—replicó bruscamente Nollard.

El tren se detenía delante de ellos, Nollard subió á él, después de estrechar, distraído, la mano de su sobrino, y éste se quedó solo.

La berlina le esperaba en la estación. Dió al cochero orden de retirarse, y él se marchó á pie, arrepentido de haber aceptado la tarea que le molestaba ahora.

Al acercarse á la Roseraie, encontró á José, que le saludó. No preguntó por Evelina, hubiera sido descortés.

—La señorita sigue bastante bien—dijo el honrado sirviente—pero, de todos modos, es una dislocación y tendrá que permanecer seis semanas en un sofá. ¡Pobre señorita! el doctor la ha causado mucho daño al arreglarle el pie; me han encargado que me quedase en la escalera por si hacía falta para algo; ¡ella no ha gritado, pero ha lanzado dos ó tres gemidos, como un

niño que padece, y eso me ha puesto carne de gallinal ¡En seguida, me han llamado, he entrado y la he visto más blanca!...

Mientras Max escuchaba el final de ese relato, pasó por él un ligero estremecimiento, sin duda, lo que José llamaba carne de gallina. ¡Pobre Evelina! aquello le haría pasar un mal día, y las seis semanas siguientes, serían también desagradables...

La niebla se esparcía alrededor de los árboles, y á la caída de la tarde, parecía brotar de la tierra una brisa helada. El joven pensaba, con cierta especie de voluptuosidad, que dentro de dos ó tres días, á lo sumo, se hallaría en su pequeña habitación de soltero, cuya chimenea tiraba bien; y cuya lámpara alumbraba con luz igual y pura... ¡Pobre Evelina, condenada á pasar el invierno entre la niebla!...

Penetró en los Housseaux, convocó á la servidumbre, y comenzó, inmediatamente, el trabajo que se le había recomendado.

La casa estaba muy bien llevada; Nollard consentía en tirar el dinero por la ventana; pero no toleraba que se le robase la menor cantidad.

Las cuentas pagadas se hallaban en un cajón; en otro, las que se debía pagar; para clasificarlas sólo hacía falta un poco de cuidado, á causa de la facilidad con que las mismas cuentas tienen la desagradable costumbre de presentarse dos veces en las casas ricas en que puede sospecharse que se pagarán repetidas.

Max se retiró á acostarse, fatigado por aquel trabajo insípido, pero encantado de su soledad. Ahora es

cuando conocía lo mucho que le había pesado la compañía de Nollard.

—¿Qué he venido yo á hacer en esta galería?—se preguntaba, apagando la bujía.—¿No hubiera obrado mejor, yéndome á Bretaña, y volviendo en Octubre, para continuar mis trabajos? En fin, ya se acabó, el jueves estaré en París...

Y con tan risueña idea, se quedó dormido.

XI

Al día siguiente, por la mañana, un rayo de color de fuego, que penetró á través de las persianas y cortinas, fué á reflejarse en un espejo situado frente á la cama. Max pestañeó, abrió los ojos, se los restregó... y vió que el sol le visitaba. ¿Es decir que había sol en aquella estación brumosa?

El joven se halló pronto en pie; abrió la ventana, empujó las persianas y recreó su vista con cuanto pudo abarcar.

El Loire, azul como un zafiro, corría entre sus riberas de verde pálido muy delicado. Los árboles, de un gris suave, dibujaban en el cielo puro, sus redes de encaje; el sol naciente teñía de rojo vivo las casas y los campanarios; el aire tenía algo de juventud, de alegría y de dulzura; además, exhalaba un rico aroma de violeta.

Un tímido gemido, atrajo al suelo la mirada de Max: bajo la ventana, Lord, sentado sobre su rabo, miraba, con el hocico dirigido al balcón; sin duda, los criados, viéndolo en desgracia, no quisieron cuidarse de él, y tuvo que dormir al raso. El joven se apiadó.

—Ahora bajo, pobre perro—le dijo.—No tienes tú la culpa de querer más que á tu amo, á una señorita que no es tu ama...

Un momento después, el perro saltaba al cuello, abrazándole con sus enormes patas, con gran detrimento de los vestidos de Buxy.

—¡Cuidado!—exclamó éste.—Ahora que me perteneces, vas á adquirir modales más convenientes; yo no podré conservarte, pues mi portera no lo permitiría; trataré de buscarte una sociedad agradable... Entre tanto ven á lavarte.

El can se sometió gustoso á esa operación necesaria; al fin y al cabo era el mejor animal del mundo. Después de haber comido con un apetito que revelaba la ausencia de la cena de la víspera, siguió á Max, en sus visitas á la cuadra, al corral, por todos los sitios en que Buxy tenía órdenes que dar. De repente desapareció.

—Habrá vuelto á la Roseraie—pensó Max;—que se quede allí, si lo quieren.

Un cuarto de hora más tarde, apareció José, conduciendo, atado á una cuerda, al animal visiblemente afligido.

Lord, con aire contrito, se oyó un sermón; pasaron dos horas tranquilas, durante las cuales, extendido sobre la alfombra, á los pies de su nuevo amo pareció tomar las cosas por el mejor lado; luego, después de comer, en el momento en que Max no se acordaba de él, desapareció por segunda vez.

Este eclipse fué seguido de una nueva visita de José, con la misma cuerda, y portador de un recado que explicó en estos términos:

—¡El señor me ha encargado que dijera á cualquiera de esta casa, que si no quieren Vds. que el perro se escape allí constantemente, convendría tal vez atarlo!

—Tiene muchísima razón, José—repuso Buxy,—y

puesto que tiene Vd. cuerda en mano, átelo á la argolla de su garita. No encontrará Vd. cadena; Lord ha sido comprado para permanecer en libertad; pero, de todos modos, no les molestará mucho, porque mañana me lo llevo á París.

—¡Ah! ¿tan lejos?—preguntó José, abriendo desmesuradamente sus ojos de color azul de porcelana.

—Sí; desde ayer tarde es mío el perro. ¿Y su señorita, sigue mejor?

—¡Oh! sí, señor; le duele mucho el pie, pero dice que ya se ha acostumbrado.

Y dicho esto, José, que había atado ya el can, regresó á la Rosarie. A eso de las tres, volvió á presentarse ante Dax, pero esta vez, solo.

—Señor—dijo,—ahora no he podido coger el perro...

—¿Cómo? ¿Ha vuelto?

—Ha roído la cuerda, haría falta una cadena de hierro; la puerta se hallaba abierta y Lord entró en el cuarto de la señorita, se ha echado á sus pies, y no hay medio de sacarlo de allí. Si quiere Vd. venir á buscarlo... El señor ha dicho que nadie lo toque, porque, tan pronto como se le acercan, parece que el animal quiere morder...

Buxy cogió el sombrero, y se fué con José.

El señor de La Brève esperaba en el comedor; al ver á Max, dibujó una semi-sonrisa, sin alargarle la mano, como hacía de costumbre.

—Siento haberle molestado, caballero—dijo;—pero, es urgente.

—¿Se porta mal Lord?—preguntó el joven con cierto matiz de alegría.

—¡Nada de eso! pero no puede quedarse aquí; su dueño..

—Su actual dueño, soy yo—repuso Max, anticipando algo de explicación necesaria.—Nollard se marchó ayer hacia el Mediodía, en donde piensa pasar el invierno; pero, ya lo debe Vd. de saber, pues, según él me ha dicho, se ha despedido de Vd. Hace tiempo que tenía proyectado ese viaje. Al irse, me ha regalado el perro, caído en disfavor, por haber roto la bola, la famosa bola que Vd. conoce.

—¡Ah!—exclamó La Brève, sorprendido de la manera tan natural con que parecía haberse arreglado los acontecimientos.

—Lord es brusco, pero no brutal, no quiero calumniarle; ha saltado tan bien, jugando, que el sacrificio se consumó.. la bola cayó. Yo me voy mañana á París, y no tendré tiempo de lamentar el percance.

Todo esto fué expuesto tan rápidamente, y al mismo tiempo, con tal sinceridad, que el padre de Evelina se sorprendió y quedó encantado. Era probable que Max estuviera mejor enterado; pero se arreglaba muy bien para presentar las cosas. Pareció que entre aquellos dos hombres hubo cierto alivio, y se miraron sonriendo.

—¿No acompaña Vd. á su señor tío en su viaje?—preguntó La Brève prudentemente.

—Nollard es un pariente lejano—repuso Max, sin afectación;—le dejo que se vaya solo; invernar en el mediodía, es un placer de las gentes ricas y ociosas. Yo no soy ni lo uno ni lo otro... afortunadamente. Re-

greso á París, para trabajar, ya he holgado bastante aquí.

Sin averiguar exactamente, por qué experimentaba aquella satisfacción, La Brève se entusiasmó al saber que Buxy no era apenas pariente del vecino; y al ver que era hombre de mediana fortuna y amante del trabajo; y también le agradó el que no hubiese acompañado á Nollard...

—Cuando uno es laborioso—dijo,—y ha disfrutado un poco de pereza, se trabaja luego, con mayor gusto; ahora estará Vd. contento al recomenzar sus estudios; Lord no será, probablemente, un colaborador muy activo; pero...

—Ya no me acordaba de él—interrumpió Max:—¿cómo quiere Vd. que me lo lleve? Está en el primer piso, creo; ¿quiere obligarlo á bajar? y en seguida me lo llevaré sin esfuerzos.

—Antes de decidir nada, permítame que vaya á ver lo que el can opina.

La Brève subió, y volvió á bajar al cabo de un momento.

—Ese animal es verdaderamente amo de todos—observó, un poco azarado.—Cuando le llamo, responde con alaridos nerviosos, que me inquietan. Me parece, que tendrá que ir Vd. mismo, á buscarlo.

¿Por qué no pronunciaba Buxy las palabras que tenía en la punta de la lengua, desde que José le fué á llamar, aquellas palabras que allanarían la dificultad? Acaso manifestaría un secreto deseo de ver cómo recibiría Evelina al sobrino de su verdugo.

—A su disposición—dijo simplemente.

—Entonces, sírvase subir—repuso La Brève.

Subieron despacio la escalera, medio oscura, y no obstante, el joven experimentaba ligeros latidos en su corazón: llegados al salón, La Brève pasó delante de él.

—¡Cuidado con el peldaño fatal!—advirtió, manteniendo abierta la puerta.

Max penetró en la gran habitación, cuyas ventanas inundaban de luz; el contraste era tan grande que el joven quedó admirado.

El paisaje, soleado, parecía entrar á viva fuerza hasta el centro del resplandeciente suelo, cuyo brillo parecía romper apenas una alfombra abandonada por casualidad; los muebles antiguos relucían con sus dorados, los mármoles tallados, el lustre de sus maderas, cuidadas con mucho esmero; todo era alegre y luminoso en aquel cuarto, ó mejor dicho, en aquel salón, porque la cama, oculta tras un inmenso biombo, sólo era visible para ojos muy perspicaces.

Evelina, cubierta con un chal de lana blanca, acomodada en un sofá, parecía el punto de atracción de toda aquella claridad.

El entrar Max, Lord, extendido en una piel de cabra, á los pies de su amiga, golpeó tres ó cuatro veces el suelo, con el rabo, levantó la cabeza, y la volvió á bajar.

—Perdóneme que me introduzca así, señorita—dijo el joven con acento de buen humor.—¡Lord, ven, en seguida!

El rostro de Evelina, se iluminó; en realidad aquel muchacho era muy conveniente; ¡sabía conducirse, y

no era culpa suya el hacerse desagradable! El perro no parecía querer obedecer.

—¡Lord—repitió Buxy,—ven aquí!

El rabo del danés, azotó el suelo con golpes redobladados, semejantes á martillazos, pero el can no pestañeó.

Con suavidad, sí que también con firmeza, Max le cogió por el collar, para levantarlo; el perro consintió, hasta hallarse sentado sobre sus patas traseras, y, luego, arqueándose con fuerza, resistió los esfuerzos que, para llevárselo, hacía su amo, y dejó oír un ronco rumrum.

—¡Oh! señor—dijo, asustada, Evelina,—le va á morder!

Buxy soltó al animal, el cual se refugió contra el diván en que se hallaba la joven y colocó su cabeza entre los pliegues del chal blanco.

—Puede que no muerda, señorita; pero ladrará... yo quisiera ahorrármelos esa escena desagradable para Vds... y ridícula, para mí.

—¿Y cómo conseguirlo?—preguntó la niña levantando sus finas cejas.

—El perro sólo obedece á Vd. ¿Quiere llamarlo Vd. misma?

Algo sorprendida, titubeó; luego, dijo, callandito: «¡Lord!» El can volvió en seguida la cabeza, y fué á instalar su hocico entre las rodillas cubiertas de lana blanca.

—Ve Vd. cómo está contento... Pues bien, señorita, no veo más que un medio de salir de apuros, á gusto de ese déspota... y es, enviarle á Vd. su

garita, que estará aquí dentro de cinco minutos.

—¿Caballero? — exclamó, inquieta, Evelina, temiendo una broma pesada.

—Ese animal no me quiere por amo; y sin embargo me pertenece; su padre se lo habrá dicho á Vd., supongo. ¡No me quiere á mí, pero sí á Vd., ya lo ve! Permítale que sea feliz á su antojo, conservándolo en su compañía.

—Pero, señor—dijo La Brève,—este perro...

—... Me molestaría mucho en París, obligándome á cambiar de domicilio; en el contrato de arrendamiento de mi casa, hay una cláusula que dice: no se admiten perros ni pájaros... como ven, es una casa tranquila. Por favor, señor de La Brève, tenga la bondad de libramme de un compañero tan embarazoso.

Padre é hija se miraban, sin saber qué decidir. El joven continuó:

—Además, ya ven que no soy más mañoso que ustedes para sacarlo de aquí... Comprendo su preferencia: esta casa es mucho más agradable para vivir que la de enfrente, más alegre, y también más amable. En resumen, señorita, no puedo llevarme á Lord; por consiguiente, es menester que se quede usted con él, porque no debemos exponernos á que nos devore á todos. Yo me marcho mañana, por la mañana... ¿Me permitirá Vd., caballero, que envíe á preguntar por la señorita, antes de mi partida?

—Estoy verdaderamente indeciso—respondió La Brève;—no por las palabras de Max, sino por sus propias ideas; es un caso dudoso, y no veo...

—Acepte Vd.—dijo alegremente Buxy,—yo soy

quien quedaré agradecido, se lo aseguro.

—Pero—observó La Brève,—¿y si, cuando regrese nuestro vecino se extraña de ver aquí el perro que le ha regalado?

Max dejó ver un gesto de indiferencia:

—Me lo ha dado; luego, soy dueño de hacer de él lo que me agrade, y lo que agrada también al pobre animal... ¡Adiós, señorita!

—No le he dado á Vd. las gracias—dijo Evelina, poniéndose colorada,—y sin embargo, estoy contentísima, sabiendo que Lord va á ser dichoso...

—Yo soy quien debo dárselas á Vd., señorita, ya se lo he dicho.

—¿Espero vendrá Vd. á verle el año que viene?—interrogó la joven con aquella gracia especial que imprimía á sus menores acciones.

—¿El año que viene?... ¡Ah! señorita ¿quién puede saber lo que efectuará en ese tiempo?... ¿Volveré alguna vez, aquí?... ¿Quién sabe? ¡Yo no!... Sin embargo, no por eso dejaré de acordarme de esa amable pregunta.

Estrechó la mano del señor La Brève, saludó á Evelina y se retiró.

Su huésped le acompañó hasta la puerta de la Roseraie, y, en el momento de separarse, le dijo:

—Ha sido Vd. muy bueno para mi hija. No puedo, apenas, manifestarle mi reconocimiento. Ese perro será para ella una distracción muy útil, durante la larga reclusión que le han impuesto.

—¡Me alegro muchísimo! Si pudiera contribuir Lord á su restablecimiento!

Se separaron, mucho más amigos de lo que ellos mismos creían.

—¡Ella es muy amable, indudablemente, y menos mala de lo que yo suponía!—pensaba Max, dentro del tren que le conducía á París. ¡Cuán difícil es conocer á las jóvenes!

La faz delicada de Evelina, con su chal de lana blanca, y el perro á sus pies, en medio de aquella grande y hermosa habitación soleada, visitó varias veces á Buxy, en sus sueños durante el invierno; y cada vez saludó con una sonrisa, á la fugitiva aparición, y pensó, en seguida, en otra cosa.

XII

En Navidad, podía ya andar la señorita de La Brève, lo cual fué para ella una alegría, cuya intensidad no hubiera sospechado nunca.

Su padre, consagrado á ella, en absoluto, le ahorró, cuanto pudo, el pequeño aburrimiento de su encierro. Pronto agotaron los temas de su conversación; ella no conocía bastante á su padre, y éste temía cansarla, ó querer forzar su confianza por demasiadas preguntas.

Entonces La Brève propuso leer en voz alta, y su hija aceptó sin entusiasmo, más bien por no negarse que por la esperanza de divertirse. Las lecturas que había oído en el colegio, hechas ya por sus compañeras, ya por algunas profesoras presuntuosas que subrayaban no solamente las palabras, sino también las comas, no la habían dejado recuerdos muy gratos; pero cuando la voz moderada, armoniosa y bien timbrada de su padre se oyó por primera vez en el enorme cuarto, halló Evelina una especie de revelación.

El arte de leer bien, daba, por sí mismo, nuevo sentido á las palabras, sentido hasta entonces despreciado, mal comprendido, y aquel arte perfecto aplicado á obras de que la joven apenas conocía los títulos, la impresionó en seguida, como una cosa que es ante todo elegante y que hace agradable compañía.

—¡Papá!—exclamó Eva, así que su padre hubo dejado el libro sobre la mesa,—¡lee Vd. como un ángel! ¡Nunca me había hablado de esa habilidad! Me gusta-